500

años de la batalla por México-Tenochtitlan



Enrique Semo





Semo, Enrique, autor.
500 años de la batalla por México-Tenochtitlan / Enrique Semo. -- Primera edición. -- Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Secretaría General : Editorial Itaca, 2021.
62 páginas : ilustraciones ; 21 cm.

Incluye índice.
Bibliografía: páginas 205-211.
ISBN: 9786073045353 (Universidad Nacional Autónoma de México)
ISBN: 9786078651702 (Editorial Itaca)

1. Tenochtitlan, Batalla de, Ciudad de México, 1521. 2. Ciudad de México - Historia - Descubrimiento y conquista, 1517-1521. 3. México - Historia - Descubrimiento y conquista, 1517-1521. I. Universidad Nacional Autónoma de México. Secretaría General, editor. II. Editorial Itaca, editor.

Biblioteca Nacional de México. No. Sistema 718243 972.521101 CDD

500 años de la batalla por México-Tenochtitlan

Coedición Secretaría General UNAM | Itaca

Coordinación editorial | David Moreno Soto y Caricia Izaguirre Aldana

Diseño de interiores | Maribel Rodríguez Olivares
Portada | Efraín Herrera

Primera edición | mayo de 2021

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

Índice

Este año de 2021 se conmemoran setecientos años de la fundación de México-Tenochtitlan, quinientos de su valerosa defensa contra los conquistadores y doscientos de la consumación de la Independencia. El texto que sigue está dedicado a la gran capital de los mexicas en tiempos de la Conquista.

Presentación

En 2021 se cumplen 500 años de la batalla por la defensa de la gran ciudad de Tenochtitlan así como de su posterior caída en manos españolas. Este evento de gran trascendencia histórica desgarró una civilización ancestral, y aniquiló durante la conquista y las epidemias que trajo consigo a una gran parte de los pobladores de la región. Fue un evento doloroso que dio inicio a nuestra nación mexicana. Fue a partir de este famoso encuentro que las culturas comenzaron a unirse en un sincretismo cultural que ha dado forma a lo largo de la historia al país que habitamos actualmente. El presente libro se suma a los esfuerzos de la Universidad Nacional Autónoma de México en conjunto con diversas instituciones nacionales y de la mano de los más destacados académicos por actualizar nuestros saberes en torno al pasado indígena y colonial.

El texto que hoy tengo el gusto de presentar nos permite imaginar de manera muy clara la belleza de la antigua ciudad mexica en donde en su momento se alzó la que fue la principal entidad política de la región, nos cuenta la manera en que fue edificada y la avanzada ingeniería que permitió que fuera construida sobre un lago y conectada por calzadas hacia su entorno geográfico.

Pero el autor no sólo describe la majestuosidad de la gran Tenochtitlan y las maravillas que asombraron a Cortés y sus acompañantes, también nos recuerda las implicaciones militares, políticas y económicas que conllevó a lo que el Dr. Semo define como el inicio de un nuevo modelo económico basado en la explotación y privilegios: la era colonial. Con precisión y claridad, narra el relevante papel que jugaron los aliados indígenas que participaron

en la afrenta uniéndose en contra del poderío mexica para salvaguardar sus intereses y las prebendas perdidas bajo el gobierno de la Triple Alianza, sin olvidar las derrotas sufridas por los españoles y lo cerca que estuvieron de ser vencidos antes de poder declarar su victoria.

Atender a todos estos detalles, más allá de reiterar el dolor que ocasiona en nuestra memoria la destrucción de las civilizaciones ancestrales del Anáhuac, nos permite vislumbrar la profunda transformación vivida en aquel entonces y la manera en que ésta dio paso a las nuevas relaciones de poder, bajo el dominio español, que culminaron en el establecimiento de la primera colonia en el territorio de lo que posteriormente fue llamado América.

Recordar aquellos hechos nos invita a su vez a rescatar el gran valor y la capacidad de adaptación que caracteriza a nuestro pueblo, al tiempo que hace posible reconocer la importancia de los logros alcanzados tras este largo proceso, los cuales se ven manifiestos en nuestra cultura y sus vastísimas expresiones artísticas.

Repensar la historia de manera crítica nos permite ver con otros ojos el presente para reconocer de manera contundente el desarrollo que hemos alcanzado así como para detectar los grandes pendientes que aún tenemos como sociedad. Esfuerzos como el presente libro resultan de particular relevancia al fortalecer nuestros conocimientos y abrir espacios para la discusión profunda y enterada. Felicito al Dr. Enrique Semo por la manera tan cuidada de brindarnos un discurso amable y a la vez riguroso que estoy seguro abonará a las reflexiones que este año hemos puesto sobre la mesa a nivel nacional. No me queda más que invitar a lector a realizar una cuidadosa y placentera lectura.

Enrique Graue Wiechers
Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México

Introducción

Durante veinte milenios los pobladores de América sólo tuvieron contactos esporádicos y efímeros con el Viejo Mundo. Durante ese largo periodo los hombres y mujeres que habitaban estas tierras fueron cazadores valientes, agricultores hacendosos, constructores de grandes ciudades y creadores de civilizaciones espléndidas y originales, diferentes en muchos aspectos a las del Viejo Mundo.

En 1519 comienza la conquista europea de la América septentrional. Siguió luego una catástrofe demográfica que en un siglo aniquiló a la mayor parte de la población autóctona, carente de inmunidad a las enfermedades introducidas por los conquistadores. Mientras tanto los españoles comenzaron a poblar la región. Para los indígenas mesoamericanos, la conquista y la colonización inicial representaron la repetición de la tragedia demográfica que había prácticamente acabado con la población originaria en el Caribe. En un siglo y medio unos siete millones de mesoamericanos desaparecieron bajo una combinación de calamidades naturales, epidemias y desastres sociales provocados por las guerras, la desarticulación de los sistemas productivos originales y la destrucción de las religiones y las culturas autóctonas.

La conquista española fue el paso inicial en la creación del primer imperio colonial de la historia. El colonialismo surge al mismo tiempo que el capitalismo, a principios del siglo XVI; mejor dicho, es una parte esencial del capitalismo desde su época temprana. Responde al hambre insaciable de plusvalía transformable en ca-

pital de la burguesía naciente y la necesidad de dinero de los Estados absolutistas para sus incesantes guerras y empresas coloniales. En nuestra época, este proceso continúa en la forma de dependencia y colonialidad.

En la Colonia surge una nueva sociedad en la cual la mayoría de los españoles pertenecen a la clase dominante y los indígenas son los explotados.

Este pequeño libro habla de un capítulo de lo que fue la Conquista y la batalla por la defensa de México-Tenochtitlan, la capital del imperio mexica. La derrota de los mexicas sólo fue posible gracias a la formación de una Gran Alianza Antiazteca de pueblos sometidos o amenazados por el imperio y la participación sobresaliente de una hueste española dirigida por Hernán Cortés portadora de la ambición colonialista. Después de ocho meses de guerra contra los aztecas y tres meses del cruento sitio de México-Tenochtitlan, la gran ciudad valientemente defendida cayó, el 13 de agosto de 1521. Pero su defensa sigue siendo un símbolo válido de la resistencia a la imposición del sistema colonial, una lucha que habían de repetir muchos pueblos indígenas de lo que hoy es México.

Quiero agradecer la valiosa ayuda de Alexander Mejía García en la investigación y en la redacción de este trabajo así como la rápida edición a cargo de David Moreno, director de la editorial Itaca.

I. La Venecia mexica

Una maravilla del ingenio humano: una ciudad de 300 mil habitantes, la más grande de su época, anfibia como Venecia. Fue construida inicialmente en una zona pantanosa, en dos islas: Tenochtitlan y Tlatelolco. Los esforzados habitantes supieron aprovechar los pantanos para ganar territorio al lago y los núcleos de población se fueron uniendo mediante la construcción de chinampas, las que no sólo servían como áreas de cultivo sino también como base para la edificación de viviendas.

Una de las técnicas de construcción más socorridas por mexicas y tlatelolcas es el uso de plataformas con cimientos de pilotes de madera que unen una apretada base de troncos que a su vez soportan las construcciones. Los centros ceremoniales y las casas de los nobles son de tezontle, piedra fuerte y porosa, de poco peso, fácil de tallar, con enlucido blanco; las de los comunes eran construcciones modestas de adobes o bien de madera y paja.

En los 15.3 kilómetros cuadrados de su superficie, la percepción del espacio difiere profundamente de la que seguían los europeos en sus ciudades feudales: México-Tenochtitlan es una combinación de lo urbano y lo campestre, un altépetl que incluye los dos elementos en una abigarrada unidad en la que los jardines y los cultivos se combinan con los barrios apretados y las construcciones monumentales para crear un espectáculo original de una gran belleza. Las calles y canales que cuadriculan la ciudad son —según Antonio de Solís—[1] espaciosas

[1] Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, Porrúa,

y niveladas; las de agua contaban con numerosos puentes para la comunicación de los vecinos; las que únicamente eran de tierra habían sido hechas a mano. Y, finalmente, las calles mixtas de tierra y agua tienen a los lados un espacio por donde las personas podían caminar y en el centro un canal que permitía el paso de canoas de diferentes dimensiones que transportaban pasajeros y mercancías.

La conquista del suelo exige mucho trabajo, había braseros que desecaban la atmósfera y producían ceniza que a su vez enriquecía el suelo. Se plantaban sauces y se rellenaban los estanques y las partes más pantanosas para evitar que el lago avanzara.

El tráfico de canoas que surcaban los canales de Tenochtitlan rondaba las 50 mil embarcaciones, cuyos tamaños iban desde el personal a las de las trajineras que podían transportar varias decenas de personas. Cortés asegura que el comercio principal se hacía en embarcaciones y Torquemada sostiene que no había vecino en toda la laguna que no tuviera una barquilla.[2] Los medios de transporte acuáticos representaban un ahorro sustancial respecto a los terrestres, que dependían exclusivamente de un sistema de miles de tamemes (cargadores profesionales).

México-Tenochtitlan se unía a tierra firme mediante tres grandes calzadas. Hacia el sur, la calzada de Iztapalapa, que según los conquistadores medía dos leguas de largo (unos 10 kilómetros), lo que la convertía en la

México, 1968, p. 167.

[2] Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, t. II, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México, 1975, p. 146.

calzada de mayor longitud que conectaba con los pueblos de las chinampas.

A la altura de Mexicaltzingo la calzada se dividía en dos direcciones, una hacia Iztapalapa y la otra hacia Coyoacán. Al norte, la calzada del Tepeyac unía la ciudad con dicha población. Por último, la calzada de Tlacopan (Tacuba) conectaba Tenochtitlan con la capital de uno de los aliados de la Triple Alianza.

Las calzadas más transitadas eran la de Iztapalapa, en dirección sur, y la de Tacuba, en dirección occidental, y, en menor medida, la del Tepeyac, hacia el norte. Fuera de las calzadas había numerosos embarcaderos que permitían a la ciudad comunicarse directamente con cualquier punto en el complejo de lagos.

Bernal Díaz describe así la entrada de los españoles por la calzada de Iztapalapa: "Íbamos por nuestra calzada adelante, la cual es ancha de ocho pasos, y va tan derecha a la ciudad de México, que me parece que no se torcía poco ni mucho, y aunque toda iba llena de aquellas gentes que no cabían, unos que entraban en México y otros salían".[3]

Para una sociedad en la que la ideología es religión, se comprende que el centro de la ciudad sea ante todo un espacio ceremonial, pero también sede del poder político. Sobre aproximadamente 250 mil metros cuadrados se agrupaban las casas de las divinidades, de sacerdotes y sacerdotisas, los colegios, los patios, los lugares para el sacrificio, es decir un conjunto de más de sesenta grandes edificios.

[3] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Porrúa, México, 2013, p. 159.

Dominando esta zona ceremonial, la pirámide del Templo Mayor se elevaba hacia el cielo. Los santuarios gemelos de Huitzilopochtli, "colibrí zurdo", dios de la guerra, y de Tláloc, dios de la lluvia y los agricultores, ocupaban la cúspide. Dos tramos de escaleras conducían a esos oratorios desde donde la vista se extendía sobre la ciudad y los lagos, abarcando el conjunto del valle hasta los volcanes resplandecientes de nieve.

El Palacio de Moctezuma II era uno de los edificios más elaborados y grandiosos del imperio azteca. Estaba situado sobre el lado sur del Templo Mayor,[4] donde actualmente se erige el Palacio Presidencial de México. Era un gran complejo que alberga 1 000 guardias, sirvientes, cocineros y miembros del harém del rey. Aproximadamente 600 nobles estaban presentes en todo momento. El palacio estaba rodeado por un gran jardín, otros palacios menores, residencias, arsenales y otras estructuras para las órdenes militares.

[4] Eduardo Matos Moctezuma, *Tenochtitlan*, El Colegio de México / Fondo de Cultura Económica (FCE), México, 2006, p. 61.

II. Capital de la Cuenca de México y cabeza del imperio de la Triple Alianza

México-Tenochtitlan, la ciudad más grande del mundo a principios del siglo XVI, era el centro político y económico de la zona más densamente poblada de lo que sería después la Nueva España: la *Cuenca de México,* cuya forma es la de un rectángulo irregular inclinado en sentido noreste-suroeste, con una superficie de casi 10 mil kilómetros cuadrados. Sus límites naturales son cadenas montañosas de considerable altura entre las cuales podemos mencionar los volcanes Iztaccíhuatl, Popocatépetl y el Ajusco.

En el centro de la cuenca se encontraba el gran lago o complejo de lagos que se alimentaban con el flujo de los manantiales y el aporte de los ríos. Según los conquistadores, al amanecer, desde las montañas este se veía como una gran tarja de plata. Sobre las islas y en las riberas se apiñaban las ciudades levantando los techos de sus templos y macizas pirámides y sus vastas sementeras.

La población estaba distribuida en unos doscientos poblados con sedes como Azcapotzalco, Texcoco o Culhuacán. La principal zona agrícola de la Cuenca era la región de las chinampas, en los lagos de Xochimilco y Chalco, al sur.

Las sociedades de la Cuenca anteriores a la conquista estaban basadas en una compleja tecnología hidráulica que permitía disponer de excedentes agrícolas y que buena parte de la población se dedicara a actividades no productivas, originándose así una elaboración cultural muy rica y diversa.

Los tenochcas construyeron diques y acueductos para moderar el flujo de los lagos y los ríos: el primer acueducto, hacia 1430, es el de Tlacopan, al que siguieron los de Chapultepec y Coyoacán. Por ellos se conducía el agua dulce para lavar el suelo salitroso, regar la zona de cultivo, mantener el nivel del lago a manera de impedir la invasión de aguas salobres y satisfacer el consumo doméstico.[5] Las grandes obras bajo una dirección centralizada se realizan cuando ya los aztecas se habían convertido en imperio.

México-Tenochtitlan era pues no sólo el centro de la Cuenca, sino también la cabeza de un vasto imperio. Pero no de un imperio estable, con muchos siglos de historia, sino de un dominio naciente, en formación, fundado apenas en el año de 1428, después de la derrota de Azcapotzalco. A la llegada de los españoles tenía apenas nueve décadas de existencia. En ese periodo Tenochtitlan formó la alianza tripartita con Texcoco y Tlacopan e inició inmediatamente su expansión en la Cuenca de México.

A la llegada de los españoles la entidad política más grande e importante de Mesoamérica era el Imperio de la Triple Alianza,[6] donde las tres ciudades eran gobernadas cada una por un gran rey (*huey tlatoani*). Este imperio dominaba la Cuenca de México, sede de las tres capitales, y se extendía desde la costa del Golfo de México hasta el Pacífico; desde las fronteras de Metztitlan —un valle en lo que es hoy el estado de Hidalgo—; los

[5] Teresa Rojas Rabiela, José Luis Martínez Ruiz y Daniel Murillo Licea, *Cultura hidráulica y simbolismo mesoamericano del agua en el México prehispánico,* Instituto Mexicano de Tecnología del Agua, México, 2009, p. 19.

[6] Pedro Carrasco, *Estructura político-territorial del Imperio Tenochca. La Triple Alianza de Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan*, El

chichimecas y el reino tarasco de Michoacán, en el norte y el noroeste, hasta el istmo de Tehuantepec y Soconusco de Chiapas, en el sureste.

El equilibrio entre los tres reinos de la Alianza fue cambiando durante su historia. Con el crecimiento del poder de Tenochtitlan, su rey dirigía las actividades militares del imperio. Pero eso no era suficiente para Moctezuma II (1466-1520) quien alienta a Texcoco, el segundo poder de la alianza, a una guerra con Tlaxcala en 1515 y urde una celada para matar a la flor y nata de los capitanes del reino de Texcoco al mismo tiempo que avisaba a Tlaxcala de la inminente campaña prometiéndole que a pesar de estar presente no intervendría con su ejército en ayuda de los acolhuas. Los capitanes texcocanos cayeron en la trampa y todos ellos fueron muertos.[7] Al reclamar Nezahualpilli, rey de Texcoco, Moctezuma respondió que el imperio se gobernaría a partir de entonces por sólo uno de los tres reyes y que él era el supremo señor.

El poder de Moctezuma II creció pero a costa de una fractura de la alianza tripartita que habría de ser fatal durante la invasión española. A la llegada de los españoles, la Triple Alianza se hallaba sacudida por graves conflictos entre Tenochtitlan y Texcoco.

Colegio de México, FCE, México, 1996, pp. 44-48.

[7] Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas,* tomo II, UNAM, México, 1977, pp. 185-186.

III. Un protectorado efímero

El 8 de noviembre de 1519 Cortés y sus hombres entran a la gran ciudad. México-Tenochtitlan inicia una nueva etapa en su vida, la última como centro de un imperio indígena: la etapa de la Conquista. Al acercarse, los españoles quedaron maravillados ante el espectáculo nunca antes visto en Europa, del mismo modo como los indígenas se maravillaron cuando vieron esos hombres enfundados en hierro que salían de montañas que surcaban el mar, con armas nunca antes vistas (espadas, ballestas, arcabuces y cañones), montados en caballos y acompañados de feroces mastines.

Bernal Díaz del Castillo nos deja un testimonio inolvidable de la impresión española del espectáculo: "y desde que vimos tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones, y aquella calzada tan derecha y por nivel como iba a México, nos quedamos admirados, y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro de Amadís, por las grandes torres y cúes (pirámides) y edificios que tenían dentro en el agua, y todos de calicanto".[8]

¿Pero qué entendemos por conquista cuando hablamos del imperio mexica y la hueste española? *1)* La conquista es un acto militar y político violento por medio del cual se obtiene el dominio y control sobre uno o varios pueblos que eran soberanos. *2)* Es el periodo fundacional de nuevas relaciones económicas propias de una colonia del capitalismo temprano, totalmente diferente a las que

[8] Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, p. 159.

existían en la época prehispánica. En ellas los españoles son los favorecidos y los indígenas, los explotados. *3)* La creación de condiciones para los procesos de evangelización y adoctrinamiento en el modo de vida cristiano español. La conquista es por lo tanto un proceso histórico accidentado que tiene raíces en el posclásico mesoamericano[9] y la Reconquista española y desemboca en la fundación de una nueva sociedad: la colonial. El régimen colonial es la razón de la conquista. La Conquista no puede ser entendida fuera de su relación orgánica con la Colonia porque el dominio político no agota las tres metas de los conquistadores: señorear, enriquecerse y, con un etnocentrismo descarnado, imponer su religión y formas de vida a todos los indígenas, oponentes o aliados. Sólo los españoles son conquistadores, los aliados indígenas participan en la guerra con otros intereses: la conservación de los privilegios de la nobleza, reducción de los tributos y participación en el saqueo de los vencidos.

Durante los primeros días de su estancia en México-Tenochtitlan, Cortés y sus capitanes se dedicaron a conocerla; pero no sólo se asombraron de todas sus excelencias, sino que también se dieron cuenta de lo frágil de su situación. La ciudad, con sus 300 mil habitantes, rodeada de agua por todos sus lados, con pocas calzadas hacia tierra firme interrumpidas por medio de puentes levadizos y una población guerrera diestra y altamente calificada, podía transformarse en una trampa mortal. Había pocas opciones, y Cortés se decidió por un acto extremadamente audaz pero de alto riesgo: convocó a Juan Velázquez de León, Diego de Ordaz, Gonzalo de

[9] Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, *El pasado indígena*, El Colegio de México / FCE, México, 1996, p. 177.

Sandoval y Pedro de Alvarado[10] con doce de sus soldados distinguidos y les propuso secuestrar a Moctezuma porque no había ninguna seguridad sobre sus intenciones. Teniendo en su poder al emperador azteca afianzaban su posición, podrían adquirir más oro y tributo y finalmente, en caso de guerra, tenían en sus manos rehenes sagrados con los cuales negociar una salida.

Al día siguiente, el audaz golpe de Estado se produjo con celeridad y eficacia pasmosas. El pretexto para la acción fue la muerte de varios españoles de la guarnición de San Juan de Ulúa a manos de un capitán mexica llamado Cuauhpopoca. Eligiose la hora en que solían hacer su visita los españoles al Huey Tlatoani, en el cuartel se alistó a todos los soldados y se ordenó la mayor alerta y silencio. Mientras tanto unos veinte españoles se introdujeron en el palacio en pequeños grupos con todas sus armas. Salió Moctezuma según su costumbre a recibir la visita y mandó retirarse a sus criados. El capitán empezó a plantear su queja, simulando gran enojo. Denunció el atrevimiento de un cuerpo del ejército mexica que acometió a sus compañeros de San Juan de Ulúa rompiendo la paz en que se estaba viviendo y reprochó la acción que le pareció indigna de su majestad.[11] Moctezuma palideció e interrumpió a Cortés para negar que él hubiera dado esa orden y acusó a los tlaxcaltecas, sus enemigos, de semejante calumnia. A continuación llamó a dos nobles, les dio instrucciones para prender a Cuauhpopoca, que había dirigido la acción contra Juan de Escalante, jefe de la guarnición de Veracruz, y con eso consideró resuelto el problema.

[10] Antonio de Solís, *op. cit.*, p. 187.
[11] *Ibid.*, p. 188.

Pero el capitán respondió que él así lo creía pero que sus soldados y vasallos no lo aceptarían si no se daba una firme demostración que borrase totalmente la afrenta y que se veía obligado a suplicarle que, sin hacer ruido y de buena voluntad, se fuese al alojamiento de los españoles para no salir de él hasta que el culpable Cuauhpopoca y su gente fueran debidamente castigados. Moctezuma se indignó ante semejantes palabras y respondió con entereza: "No es persona la mía para estar presa y ya que yo lo quisiese los míos no lo sufrirían".[12] Siguió una larga discusión de varias horas al final de las cuales impaciente el cabo Velázquez de León se dirigió airadamente a Cortés gritándole: "¿Qué hace vuestra merced ya con tantas palabras? O le llevamos preso o le daremos de estocadas porque más vale que aseguremos nuestras vidas o las perdamos".[13]

Moctezuma comprendió que toda resistencia era inútil y a las tres de la tarde pidió su litera, tranquilizó a los silenciosos nobles y a los transeúntes que estaban en el camino. Tristemente cruzó las calles que lo separaban del palacio de Axayacatl en el cual encontraría finalmente la muerte.

Esta medida bastante común en la historia, apresar a un rey y mantenerlo vivo, paralizando así la estructura jerárquica del enemigo para imponer su propio poder de manera indirecta, equivalía a la formación de un protectorado, como lo había hecho frecuentemente Alejandro Magno en sus conquistas y Colón en el Caribe. Luego, el extremeño se apoderó de los reyes de Texcoco y Tlacopan

[12] Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la Conquista de México,* tomo IV, Porrúa, México, 1978, p. 271.

[13] *Ibid.*, p. 272.

y algunos nobles levantiscos a quienes mandó encadenar. Moctezuma, bajo estrecha vigilancia española, siguió gobernando en materia de asuntos cotidianos, recibiendo vasallos y haciendo reuniones. Pero Cortés le imponía todas las cosas de interés para los españoles.

Se aprehendió e interrogó a Cuauhpopoca, su hijo y quince nobles que lo acompañaban por separado y todos ellos sostuvieron que las órdenes para el ataque venían de Moctezuma y fueron condenados a ser quemados vivos. El día de la ejecución delante del palacio real entró Cortés en la cámara de Moctezuma y le dijo "por tu participación en la acción de Cuauhpopoca merecías morir [...], si yo no tuviera consideración al amor que has mostrado a mi rey, y a mí en su nombre que de su parte he venido a visitarte, merecías pagar con la vida [...]. Pero porque no quedes sin algún castigo, y tú y los tuyos sepáis cuánto vale el tratar verdad, te mandaré echar prisiones".[14] Y ordenó poner unos grilletes en los pies de Moctezuma, que quedó muy abatido. Después de la ejecución de los guerreros mexicas, el capitán volvió y él mismo quitó los grilletes diciéndole que lo tenía por hermano y rey de tantos pueblos y provincias y que estaba libre de ir a sus palacios.[15]

Este acto simbólico ante la nobleza mexica y sus propios soldados ratificaba el protectorado: "tú, Moctezuma, sigues gobernando pero no puedes tomar decisiones contrarias a las mías".

El siguiente paso del capitán, digno de su ilimitada codicia, fue solicitar a Moctezuma convocar a todos los grandes señores de los tres reinos de la Triple Alianza

[14] *Ibid.*, p. 274; Antonio de Herrera y Tordesillas, *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y tierra firme del mar Océano que llaman Indias Occidentales*, lib. VII, cap. IX.

[15] Bernal Díaz citado en Orozco y Berra, *op. cit.*, p. 276.

para pedirles que siguieran su ejemplo, y se declarasen vasallos del rey de Castilla Carlos V. Diez días después, los invitados se congregaron en una gran sala del cuartel sin la presencia de los españoles, ahí Moctezuma los persuadió cuanto mejor pudo de que debían someterse a los españoles. Al día siguiente, con Cortés presidiendo, acompañado por Moctezuma, Cacama y Tetlepanquetzal, los reyes de la Triple Alianza que ya estaban presos, Moctezuma dijo al final de su discurso: "mucho os ruego […] que así como hasta aquí a mí me habéis dado, tenido y obedecido por señor vuestro, de aquí adelante tengáis y obedezcáis a este gran rey pues él es vuestro natural señor, y en su lugar tengáis a este su capitán, y todos los tributos y servicios que fasta aquí a mí me haciades, los haced y dad a él".[16]

Muchos historiadores han cuestionado la autenticidad de ese discurso; en todo caso la aceptación de la soberanía de la Corona y la cesión de tributos a Cortés fue un hecho. El capitán les dijo a los principales que el rey de Castilla necesitaba oro para ciertas obras y que por lo mismo se nombrase personas que fueran con sus soldados a ver a todos los señores sometidos para pedirles tributo. Pedro de Alvarado fue el encargado de recoger el oro de Texcoco. Acabó dando tormento a los nobles que no cooperaron suficientemente y reunió un gran tesoro.

La primera fuente de acumulación primitiva en el sistema colonial fue el saqueo de los tesoros acumulados por los pueblos originarios a lo largo de siglos.

Esta maniobra debió indignar a la nobleza mexica puesto que un elemento fundamental de la magnificencia de México-Tenochtitlan y el imperio azteca eran precisa-

[16] Hernán Cortés, *Cartas de relación*, Dastín, Madrid, p. 134.

mente los tributos que recibía de todas sus dependencias, y probablemente se vio fortalecida la corriente que exigía la expulsión de los extranjeros entre los pipiltin (nobles por herencia ocupantes de cargos importantes).

Otra actuación de Cortés que lo enemistó mortalmente con la poderosa casta de los sacerdotes fue el ataque directo a sus dioses. Primero Cortés le pidió a Moctezuma que pusiera fin a los sacrificios humanos y el emperador respondió que si lo hacía la población tomaría las armas para defender a sus dioses que les proporcionaban la lluvia, los alimentos y muchos otros favores.[17]

En los primeros días de abril de 1520, Cortés, acompañado de algunos de sus soldados, fue a la sala principal del Templo Mayor, pidió a los sacerdotes que quitaran los ídolos, lavaran las paredes de la sangre que las cubría y pusieran en su lugar la imagen de Dios y su madre la virgen María. Los sacerdotes contestaron airados que no solamente esta ciudad sino todos los pueblos amaban a sus dioses por encima de todo y estaban dispuestos a morir por ellos. Entonces el capitán respondió: "Mucho me holgaré yo de pelear por mi Dios contra vuestros dioses, que son nonada", "e tomó con una barra de hierro que estaba allí, e comenzó a dar en los ídolos de pedrería".[18]

Los sacerdotes se lo contaron a Moctezuma y éste le propuso que se pusieran las imágenes del culto católico en una sala y en otra a sus dioses, pero Cortés se opuso. El daño estaba hecho, los españoles habían destruido a los dioses como si la ciudad hubiera sido vencida. A

[17] Michel Graulich, *Moctezuma. Apogeo y caída del imperio Azteca,* Era, México, 2014, p. 432.

[18] Andrés Tapia, en Joaquín García Icazbalceta, *Documentos para la historia de México,* tomo II, Porrúa, 2004, p. 585.

partir de entonces la mayoría de los mexicas quisieron exterminar a los intrusos.

Sin duda el capitán había logrado establecer sobre el imperio azteca un protectorado que duró desde el 14 de noviembre de 1519 hasta fines de junio de 1520, es decir siete meses y seis días. Este protectorado funcionó bajo la siguiente fórmula: el huey tlatoani azteca seguía siendo la autoridad local, pero una autoridad sometida a un orden externo, una soberanía limitada y condicionada. El huey tlatoani no perdía todos sus derechos y privilegios, pero aceptaba el vasallaje a la Corona y su representante, Cortés.

Durante el efímero protectorado, la Triple Alianza entró en crisis y varios altepemeh (pueblos) dentro y fuera del imperio se adhirieron a los invasores y comenzaron a entretejer lo que más adelante sería la Gran Alianza Antiazteca. El prestigio y el miedo que inspiraba Moctezuma entre los pueblos del Anáhuac se fue desvaneciendo mientras que la estrella de Cortés despegaba.

IV. Guerra cruel y descarnada

Es el año de 1520. En México-Tenochtitlan se aproxima la gran fiesta del mes de Toxcatl (14 al 23 de mayo), fiesta dedicada a los principales dioses de la ciudad, Huitzilopochtli y Tezcatlipoca. Los grandes capitanes de las guerras mexicanas se preparaban para la ocasión vistiéndose y pintándose. Las danzas empezaron en diferentes lugares de la ciudad pero sobre todo en la plaza principal del Templo Mayor. Los grandes señores y guerreros eminentes que llevan puestas sus mejores joyas y adornos bailaron incasablemente durante días.

Pero en la ciudad la tensión crece acompañada de toda clase de rumores. El tianguis ya no proporciona todos los abastecimientos que requerían los españoles. Pedro de Alvarado, que había quedado al mando en ausencia de Cortés, recibía informes preocupantes de sus soldados sobre el cambio de humor de la población tenochca. Sus aliados, los tlaxcaltecas, conspirando siempre contra los mexicas, informan que importantes personajes de la corte estaban reunidos en el recinto del Templo Mayor preparando un ataque general contra su cuartel, el palacio de Axayacatl. Quizás Alvarado se acordó de Cholula: debía de adelantarse, descabezar la posible insurrección sin demora, y las danzas en que estaban desarmados muchos de los jefes mexicas ofrecían una ocasión inmejorable. Según Ixtlixóchitl, el 16 de mayo, en un momento determinado, cerca de ochenta soldados españoles se dirigieron al Templo Mayor.[19] A la orden de

[19] Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la*

Alvarado, sus hombres cayeron sobre los danzantes. Los informantes de Bernardino de Sahagún relatan:

"Inmediatamente cercan a los que bailan, se lanzan al lugar de los *atabales*: dieron un tajo al que estaba tañendo: le cortaron ambos brazos [...].

"Al momento, todos acuchillan, alancean a la gente y les dan tajos, con las espadas los hieren. Algunos los acometieron por detrás; inmediatamente cayeron por tierra disparadas sus entrañas. A otros les desgarraron la cabeza [...].

"Anhelosos de ponerse en salvo, no hallaban a donde dirigirse [...]. Y los españoles andaban por doquiera en busca de las casas de la comunidad: por doquiera lanzaban estocadas, buscaban cosas: por si alguno estaba oculto allí [...]".

Fue verdaderamente un genocidio. Los guerreros mexicas ni siquiera conocían el uso mortífero de la espada. Los españoles lograron su objetivo: matan a unos tres mil nobles y capitanes. La élite mexica quedó descabezada.

Pero lo que fue una sorpresa para ellos fue la reacción espontánea y bravía del pueblo tenochca. Mexico-Tenochtitlan no es Cholula, no tardó la respuesta en extremo violenta de los guerreros. Se oyeron llamados a las armas y de regreso a sus cuarteles los españoles y sus aliados indígenas se encontraron fuertemente sitiados. En ausencia de los generales, los calpuleques (jefes de calpulli) abrieron los arsenales y llamaron a todos los hombres hábiles para tomar las armas. Y como el ejército mexica es el pueblo armado se inició la guerra.

Nueva España, Libro XII, cap. 20, Porrúa, México, 1982, p. 715.

Los tenochcas trataban de forzar las entradas del cuartel español sin poder romper la barrera de acero que les oponían los sitiados. Otros disparaban nubes de flechas, piedras y dardos desde los techos de los edificios vecinos y otros más intentaban socavar los muros. El combate no cesó hasta caer la noche y al otro día se reanudó muy temprano. Los indios vuelven al asalto con gran arrojo. Durante tres semanas los tenochcas acosaron a los españoles obligándolos a encerrarse en sus cuarteles, privándolos de alimentos y agua.

Cortés volvió a Tenochtitlan el 24 de junio después de haber vencido al enviado de Diego Velázquez, gobernador de Cuba. Regresó con una tropa muy crecida con los desertores de Narváez: llevaba consigo mil cuatrocientos hombres de los cuales 100 de a caballo, muchos cañones y un gran destacamento de indios aliados (unos 7 mil) de Tlaxcala, Huejotzingo y Cholula. Los mexicas los dejaron pasar para no luchar en dos frentes.

Con el aumento del número se agravó la necesidad de víveres y Cortés mandó al rey que hiciese celebrar el mercado acostumbrado, pero éste le dijo que los hombres de más autoridad se hallaban presos como él y Cortés contestó airado que para cumplirse esa orden podía liberar de la prisión a quien él quisiera. Moctezuma señaló a su hermano Cuitláhuac, conociendo sus posiciones, y éste concedió. Pero su refuerzo no logró cambiar la desesperada situación de los sitiados y el 30 de junio en la noche Cortés, convencido de que estaban en una trampa mortal, decide abandonar Tenochtitlan.

La huida por la calzada de Tlacopan se transformó rápidamente en un desastre. Los guerreros mexicas aparecían por todos los costados tirando piedras y dardos, dando lanzadas y golpes de *macuahuitl*, arrastrando a los intrusos sobrecargados de botín a los canales o a las

aguas de la laguna. Estaban en las canoas, en la calzada, en los techos de las casas combatiendo sin descanso, deshaciendo la columna incapaz de maniobrar, tomando prisioneros que enseguida llevaban a inmolar al templo de Huitzilopochtli. La retaguardia no logró salir y fue masacrada. El terror se apoderaba de los fugitivos entre los alaridos de los guerreros y el estrépito de los grandes tambores de guerra.

Cortés perdió, en la que después los españoles llamaron "Noche Triste" y que para los mexicas fue una gran victoria, más de ochocientos soldados y dos mil guerreros aliados así como todo su equipo pesado. Para los mexicas fue una gran victoria, quizás la mayor de toda la guerra contra el invasor.

Con dificultades Cortés logró regresar a Tlaxcala, en donde sus habitantes lo recibieron en paz y ayudaron a los sobrevivientes a curar sus heridas y a descansar por más de un mes. Después, Cortés, con algunos refuerzos llegados de Cuba, comenzó a hostigar a las tropas mexicas estacionadas en diferentes puntos de la meseta central para aislar la ciudad de México-Tenochtitlan. En esas campañas la composición de sus fuerzas era de cincuenta o más indios por cada español.

Los aztecas tenían presencia, influencia y poder no sólo en Tenochtitlan sino en muchas ciudades del Anáhuac que estaban a una distancia relativamente cercana. Antes de poner sitio a la capital, las fuerzas de la Gran Alianza debían cambiar la actitud de esas ciudades y derrotar a las fuerzas mexicas que había en ellas para evitar la ayuda desde afuera. Esto representó una serie de batallas, en realidad una verdadera guerra que duró ocho meses, desde agosto de 1520 hasta mayo de 1521. Los mexicas la libraron con gran valor e inteligencia pero a final de cuentas la perdieron. La Gran Alianza Antiazteca

logró su objetivo principal: el aislamiento de los mexicas aumentó y el número de sus enemigos se multiplicó; la Gran Alianza creció en número y fortaleza.

Para comprender los movimientos de las tropas de la Gran Alianza Antiazteca iniciados en los primeros días del mes de enero de 1521 es importante conocer la geografía de la cuenca del lago Texcoco. Para llevar a cabo un sitio exitoso debía controlarse todo el sistema de lagos que rodeaba Tenochtitlan para no permitir que ingresaran suministros o refuerzos a la ciudad así como para evitar que el cerco fuera roto.

Ya hacia el mes de mayo de 1521, con Tacuba en ruinas, el poder de Tenochtitlan se mantenía únicamente en la ciudad. Por su parte, Texcoco se había transformado en centro de la Gran Alianza Antiazteca.

De esa ciudad partió una expedición hacia el noroeste tomando, no sin combates, las ciudades de Xaltocan, Cuauhtitlan, Tenayuca, Azcapotzalco y finalmente Tlacopan (Tacuba). Allí, el 20 de abril de 1521, en una fuerte batalla en la cual los defensores de la ciudad, fingiendo una retirada que produjo la persecución por parte de los conquistadores y sus aliados, los mexicas y tepanecas estuvieron a punto de asestar un golpe que pudo haber modificado de raíz su difícil situación.

V. Vida y muerte de una gran ciudad

Partiendo de un cálculo militar simple, setecientos hombres no pueden poner sitio anfibio a una ciudad lacustre de 300 mil habitantes, dueña de una flota de 50 mil canoas, poblada con guerreros dispuestos a luchar y defenderla hasta la muerte. El asedio es ante todo un bloqueo militar que impide el abastecimiento y el ingreso de refuerzos desde afuera. Los mexicas podían defender las calzadas con pocos hombres y romper el cerco por agua en todos los sentidos para abastecerse. Fue necesaria la participación masiva de los pueblos indígenas en la Gran Alianza Antiazteca para llevarla a cabo. La caída de México-Tenochtitlan fue obra de grandes ejércitos indígenas con la participación destacada de los conquistadores.

Los pueblos originarios continuaron en su imaginario con sus filias y fobias, y sus conflictos y alianzas que predominaban en el último siglo de la sociedad antigua prehispánica. Es ahí donde hay que buscar varias de las explicaciones de la rápida destrucción de México-Tenochtitlan.

El pueblo mexica era un pueblo eminentemente guerrero. Cada año combinaba las labores agrícolas con las expediciones militares. Los aztecas exigían a los pueblos sometidos tributo, trabajo masivo, apoyo en sus expediciones guerreras y víctimas para los sacrificios. Además había pueblos que no lograron someter, como los Tlaxcaltecas y los Tarascos, pero con los cuales tuvieron varias guerras floridas (de desgaste). El imperio azteca estaba basado en el miedo que debía ratificarse cada año con éxitos que inspiraran terror.

Es natural que el odio y el temor que inspiraban fuera creciendo y muchos pueblos estaban dispuestos a luchar contra ellos. Las condiciones que dieron lugar a la Gran Alianza Antiazteca se fraguaron durante las últimas décadas del periodo postclásico, de 1428-1521. Cortés no tuvo que azuzarlos, sólo unirlos, y eso fue la esencia de su estrategia a lo largo de dos años.

Irónicamente, la lucha por la libertad de los pueblos dominados por el imperio azteca coincidió con la empresa colonialista de los españoles y ambas se sobrepusieron en un momento crucial. Por un tiempo corto convergieron dos movimientos con propósitos opuestos: los pueblos indígenas sometidos o bien hostilizados por los aztecas luchaban para liberarse del cruel dominio o la amenaza latente de un poder imperial; los conquistadores, siguiendo la Reconquista y el capitalismo temprano, guerreaban por imponer un régimen colonial. Una alianza *contra natura*, la Gran Alianza Antiazteca, fue una unión de los contrarios. Al principio se unieron a los españoles los pueblos de Tlaxcala, Huejotzingo, Cempoala, Cholula, Chalco y Texcoco, y al final incluso los pueblos de las chinampas: Xochimilco, Churubusco, Mexicaltzingo, Mizquic, Cuitláhuac, Iztapalapa y Coyoacán, que al principio apoyaban a los mexicas, se pasaron a la Gran Alianza Antiazteca.

Por una de esas casualidades trascendentales que se dan en la historia, los luchadores por la libertad se vieron unidos en el mismo campo con los agentes de un imperio colonial. El caso no volvió a repetirse en todo lo que sería la América española. La conquista del Perú llevó cuarenta años.

El 22 de mayo de 1521 comenzaron el sitio de México-Tenochtitlan 700 conquistadores y unos 100 mil guerreros indígenas. Los habitantes de México-Tenoch-

titlan hacinados en la ciudad se vieron diezmados por la viruela y otras enfermedades provocadas por la falta de alimentos y agua potable y por los cuerpos insepultos. Las batallas se sucedieron durante ochenta y tres días; se luchaba de día y de noche, sin descanso.

Cortés apresuró el sitio por miedo de que sus aliados lo abandonaran si duraba mucho tiempo. Eso contribuyó a la destrucción física de la ciudad. Durante las batallas los aliados destruyeron sistemáticamente las casas de dos pisos de la capital mexica porque sus habitantes arrojaban contra los invasores piedras, flechas y dardos desde las azoteas.

Moctezuma había sido sustituido en el poder por reyes que se le habían opuesto desde la aparición de los conquistadores en Veracruz: el bando de la resistencia sin concesiones; al principio Cuitláhuac, hermano de Moctezuma, quien murió en la epidemia, y luego Cuauhtémoc, joven de 25 años, señor de Tlatelolco, que dirigió la resistencia hasta el final. Los dos se habían opuesto radicalmente a la posición expectante y conciliadora de la mayoría del Consejo. Para afianzarse en el poder, tuvieron que librar batallas armadas contra los familiares y los partidarios de la posición de Moctezuma.

Nadie quedo excluido en la defensa de la ciudad. Participaron todos los sectores de la población mexica: macehuales, artesanos, comerciantes, guerreros de las órdenes, nobles y sacerdotes. En varios momentos las mujeres jugaron un papel muy importante.

En Tenochtitlan se tomaron medidas para poner en pie un ejército a pesar de que había pasado la estación de guerra fijada por el calendario agrícola. Además, la cadena de mando había sido seriamente dañada por el asesinato de los nobles en la fiesta de Toxcatl.

Los dirigentes optaron por una estrategia defensiva que obligara a la Gran Alianza Antiazteca a concentrar sus ataques y sortear los obstáculos que la ciudad y las aguas del lago les oponían. Los tenochcas aprendieron a usar espadas, lanzas y ballestas arrebatadas a los españoles aun cuando no podían fabricar las flechas de metal. También aprendieron a enfrentar a los jinetes. Así, un natural de Tlatilulco asió la lanza con que estaba atravesado y sus compañeros lo ayudaron quitándosela al jinete a quién tumbaron del caballo y mataron. Otra vez, ante la acometida de los tlatelolcas los españoles tuvieron que abandonar un gran cañón en el patio de Huitzilopochtli y fue arrojado en aguas profundas, en un sitio llamado Tetamazulco.

Cuatro meses antes de establecer el cerco, la Gran Alianza probó suerte en Iztapalapa, ciudad gobernada por Cuitláhuac, a quien Cortés culpaba de la derrota de la "Noche Triste". En la batalla participaron un gran número de tlaxcaltecas y 20 capitanías de acolhuas al mando de Tecocoltzin.

Al principio se combatió denodadamente. Los tenochcas se defendieron con obstinación en tierra y agua. Después de un tiempo, fingieron ceder y se retiraron con sus mujeres e hijos en canoas. Ya entrada la noche, los aliados se ocupaban en saquear y quemar las casas, pero la aparente victoria pronto se convirtió en un gran susto porque a la luz del incendio se advirtió que el nivel de agua subía y las casas comenzaban a inundarse. Los mexicas habían roto el dique y el agua invadió la ciudad lacustre. Los aliados empezaron a retirarse apresuradamente pero llegaron a un lugar en el que había tanta agua que pasaban con suma dificultad y a costa de perder hombres y caballos que se ahogaron así como la mayor parte del botín.

La superioridad técnica de los conquistadores en el sitio de Tenochtitlan se manifestó también en la construcción de trece bergantines. Cortés, que ya había experimentado la eficacia de los mexicas en las batallas lacustres durante la derrota de la Noche Triste, quiso asegurarse el dominio naval. Contaba para ello con los servicios de un soldado de nombre Martín López, "carpintero de ribera" oriundo de Burgos, que era un verdadero experto constructor de barcos. Ya durante la primera estancia en Tenochtitlan había construido cuatro bergantines para propiciar la huida en caso de ataque de los mexicas pero éstos los quemaron. Así que, por órdenes de Cortés, junto con otros carpinteros y numerosos ayudantes tlaxcaltecas, el soldado puso inmediatamente manos a la obra.

La construcción tuvo lugar en la vera del río de Tlaxcala para protegerla de posibles ataques mexicas y el trabajo duró apenas 90 días. Cortés mandó al burgalés a Santa Cruz a traer de Veracruz todo el material útil de los barcos desmantelados: anclas, clavos, estopas, velas, jarcias, así como calderos para hacer la brea. Los marineros prepararon la resina llamada pez, necesaria para las juntas y el calafateo de las naves. Martín López buscó y escogió en los montes cercanos la madera de roble, encino y pino necesaria y también organizó dos herrerías con sus fraguas. Cuando tuvieron terminados los bergantines los ensamblaron y probaron en el río Zahuapan.

Según José Luis Martínez,[20] el bergantín, que hoy se llamaría lanchón, tenía un largo de 11.8 y 13.4 metros;

[20] José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, FCE, México, 1990, pp. 317-319.

su ancho era de 2.24 a 2.52 metros, y la altura de la quilla era de 1.12 metros. Los pequeños navíos llevaban seis remeros de cada lado y tenían uno o dos mástiles con velas; el impulso principal se hacía con los remos. Cada bergantín podía transportar hasta 25 hombres incluyendo capitán, timonel, remeros y soldados, y llevaba un cañón en la proa y armas para los combates de tierra. Los bergantines, junto con las canoas de los aliados, resultaron ser de una gran importancia para romper el dominio de los mexicas sobre las aguas del lago.

Martín López fue también encargado del transporte. Los diez mil tamemes, protegidos por soldados españoles y treinta mil tlaxcaltecas, salieron el día 28 de diciembre para el recorrido de casi 100 kilómetros hacia Texcoco por caminos escabrosos y bajo la amenaza de ataques mexicas.

Pese a las dificultades del recorrido y lo complicado de la carga éste llevó sólo cuatro días. Hubo intentos de los mexicas de ponerles fuego pero no prosperaron. Para botar los bergantines se cavó una zanja que llegaba hasta el lago. En esta labor se usaron ocho mil indígenas de las provincias de Acolhuacan y Tefaico. Luego se armaron los bergantines y se botaron con una gran ceremonia.[21]

Durante el sitio, los mexicas aprovecharon los momentos de derrota o vacilación de los aliados para realizar contraofensivas tanto por tierra como por agua. Varias veces Cortés buscó la rendición de sus enemigos o una tregua, pero en todas ellas los mexicas se negaron dejando claro que preferían morir a ser esclavos. Es evidente que esa decisión era de todos y no sólo de los dirigentes. Incluso, en los últimos días Cuauhtémoc vaciló

[21] *Ibid.*, p. 319.

pero sus capitanes lo llamaron a rechazar hasta el final toda idea de rendición. La apasionada y valerosa defensa de la ciudad se basó en la resolución unánime del pueblo motivado sin duda por una inspiración religiosa e ideológica muy fuerte. Ahí donde la nobleza había flaqueado la decisión popular fue contundente.

En un momento, los jefes de la Gran Alianza decidieron poner punto final a la guerra con una gran ofensiva. La fecha se fijó para el 30 de junio. Al principio, ante la acometida los mexicas retrocedieron haciendo menos resistencia de la acostumbrada. Los aliados prosiguieron venciendo trincheras tras de trincheras y llenando cuidadosamente los fosos para asegurar el regreso. El enemigo, aparentemente cogido de sorpresa, parecía no poder resistir la furia del ataque.

Pero todo había sido una trampa. Súbitamente desde la cumbre del teocalli mayor se oyó el caracol de Cuauhtémoc, que sólo sonaba en ocasiones de sumo peligro. En un instante los aparentemente fugitivos aztecas se volvieron y arremetieron contra sus perseguidores. Infinidad de guerreros acudían al mismo tiempo de las calles inmediatas atacando por el flanco a los españoles. Éstos, cogidos por sorpresa y cediendo a la furibunda embestida, entraron en desorden. Amigos y contrarios quedaron revueltos en un sangriento cuerpo a cuerpo. Los tenochcas caían sobre ellos como un torrente que se lanzaba hacia un foso del otro lado del cual estaba Cortés sobrecogido de horror. Las filas delanteras se arrojaron al agua; los unos empujaban a los otros, éstos nadaban, aquéllos se hundían.

Los aliados regresaron a sus cuarteles desalentados y tristes. Razón tenían para ello porque fuera de los muertos y de los muchísimos heridos, habían caído sesenta y dos españoles y gran número de aliados vivos en manos del enemigo. La pérdida de dos piezas de artillería y de

siete caballos coronaba la desgracia de los castellanos y el triunfo de los mexicas. La tranquilidad del crepúsculo fue alterada por el repentino y ronco son del tambor del gran templo, que recordó a los españoles la noche de su estrepitosa derrota.

Entre la muchedumbre que festejaba, los españoles distinguieron algunos hombres desnudos que por el color de la piel reconocieron como compatriotas suyos. Eran, en efecto, víctimas destinadas al sacrificio.

La guerra tuvo momentos álgidos con victorias para los sitiadores y para los sitiados. Cortés estuvo a punto de perder la vida en dos ocasiones. En un momento, después de una victoria sonada de los mexicas, la alianza estuvo a punto de desbandarse; muchos aliados indígenas abandonaron temporalmente el campo. Pero al fin vencieron. La ciudad destruida quedó sembrada con los cadáveres de sus defensores y el 13 de agosto de 1521 Cuauhtémoc fue capturado y por fin México-Tenochtitlan se rindió. Una buena parte de los sobrevivientes huyeron.

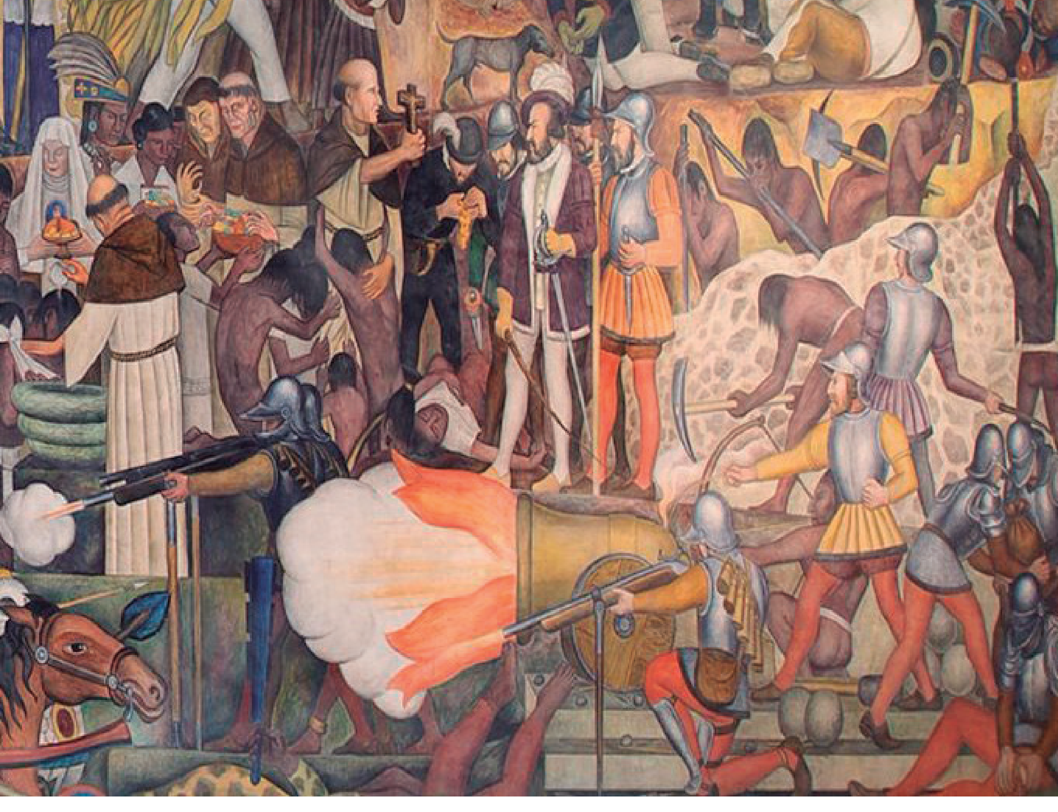
La destrucción de un prodigio del ingenio humano pesa hasta nuestros días sobre la figura de Hernán Cortés quien inmediatamente encabezó una columna dirigiéndose hacia Tlatelolco. Después de él venía Cuauhtemoc cubierto de una manta rica pero muy sucia, con los reyes de Texcoco y de Tlacopan y detrás muchos señores y notables. Llegados al puesto de Amaxac subieron a las azoteas que estaban entoldadas y ricamente aderezadas. En el centro había un dosel en el cual estaba el asiento de Cortés, que se sentó colocando a su derecha a Cuauhtemoc y a la izquierda a los otros dos reyes. Frente a ellos se apretujaban los nobles mexicas que habían quedado vivos. Una vez sentados, lo primero que pidió Cortés a través de su traductora, Marina, fue el oro y los

tesoros que se habían perdido en la derrota de la Noche Triste. Algunos trajeron objetos rescatados, pero él les dijo que no era suficiente. Dejó para otra ocasión continuar con el asunto. Más tarde Cortés aperreó, ahorcó y mandó quemar vivos a muchos indígenas para que le revelaran el secreto. Cuauhtémoc y los otros monarcas de la Triple Alianza tuvieron el mismo destino. Pero el misterio nunca se desentrañó.

El segundo tema que trató en esa junta fue la cantidad y manera de recoger los tributos de la Triple Alianza y la necesidad de que se reiniciaran los pagos a su tesorero. "Y con esto —dice Torquemada— se acabó esta junta y Cortés se hizo señor de México y de todos sus reinos y provincias".[22]

Poco después, Cortés repartió entre los conquistadores encomiendas y esclavos para las minas e impulsó la evangelización y el adoctrinamiento con ayuda de las órdenes religiosas.

[22] Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, t. II, UNAM, México, 1975.



En esta imagen de Diego Rivera sobre la conquista aparecen personajes y elementos típicos tanto de las batallas como de la instauración temprana de las relaciones coloniales de explotación. Soldados haciendo uso de los arcabuces, cañones disparando, frailes bautizando y protegiendo a los indios y autoridades y encomenderos enfrentándolos.

Diego Rivera, *Epopeya del pueblo mexicano. El mundo de hoy y de mañana. Historia de México. México prehispánico,* 1929-1935 (detalle) en Palacio Nacional, Plaza de la Constitución, Ciudad de México.



Guerreros de alta graduación, Tlacatecatl (general) y Tlacochatecatl (alto general) consejeros del Huey Tlatoani posiblemente miembros de las órdenes militares.

Lámina 67, Códice Mendoza.



Los *tequihua* que eran los maestros de los jóvenes que aspiraban a ser guerreros, lo que llevan en la mano son probablemente representaciones del Espejo Humeante de Tezcatlipoca que es símbolo de sabiduría, conocimiento y poder. Lámina 67, Códice Mendoza.



Cortés y Marina, su hábil y fiel traductora. Cortés está representado hablando y Marina traduciendo. Cortés sin duda fue un hábil político que supo usar todos los medios a su disposición para influir, atemorizar, seducir y cooptar a los jefes indígenas y Marina supo traducir sus palabras en forma comprensible usando todas las sutilezas del idioma indígena.

Diego Durán, *Historia de las indias de Nueva España e islas de la Tierra firme*, cap. LXXI.



Conquistador montado en su caballo con lanza, espada, escudo y armadura. A su lado un mastín.

Felipe Castro, *La rebelión de los indios y la paz de los españoles*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1996, p. 96.



Al mismo tiempo en que el capitán indígena Cuahpopca y sus hombres son quemados vivos se ponen grilletes a Moctezuma preso. Cortés dio la orden para el ataque a la guarnición de San Juan de Ulúa, como acto simbólico de castigo a los que se enfrentan a los españoles sean quienes sean. Terminada la ejecución los grilletes le fueron retirados.

Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España, Libro XII*.



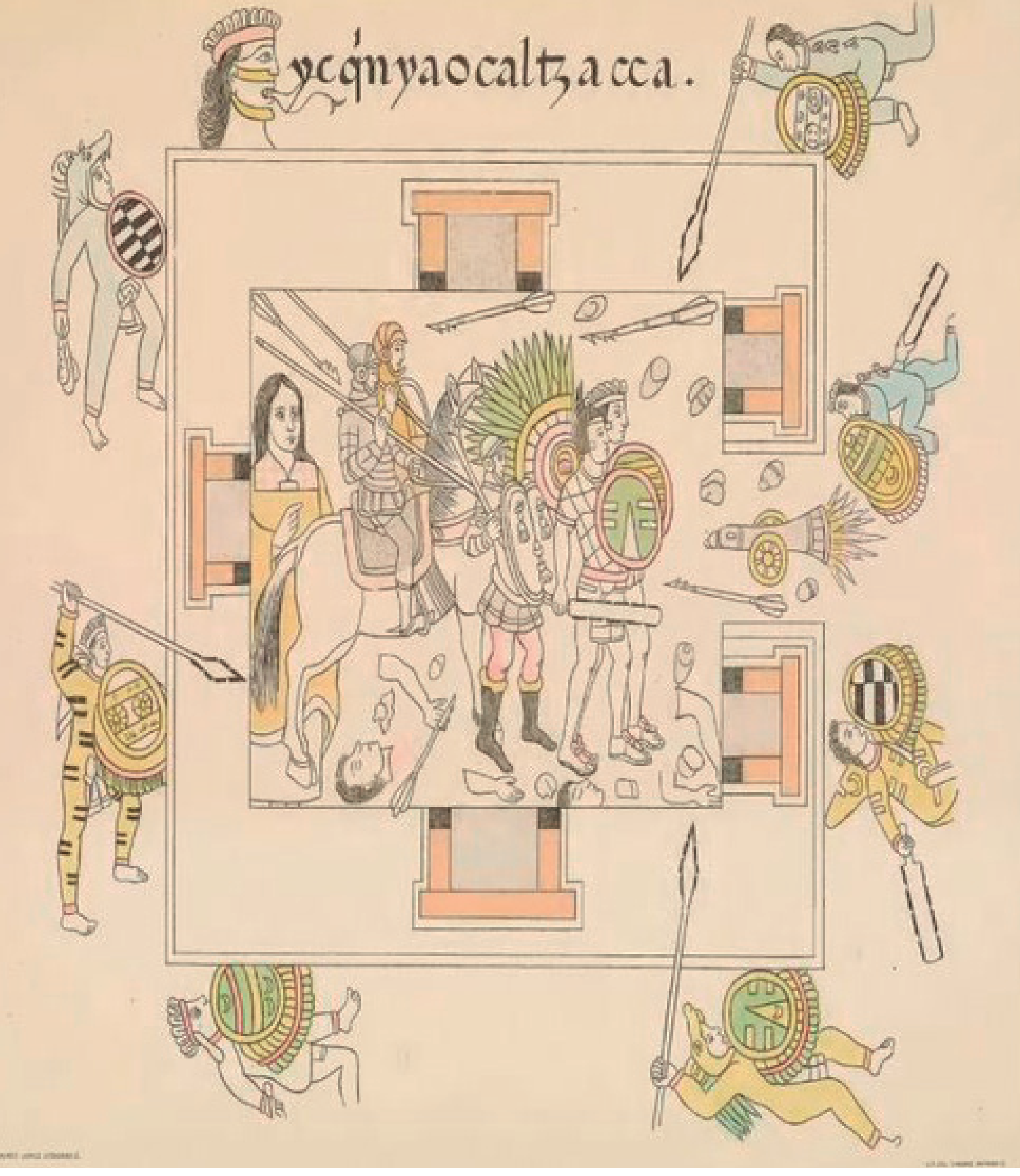
La Matrícula de Tributos ejemplifica la diversidad de artículos que los pueblos tributarios debían entregar periódicamente a los mexicas aparte de los alimentos básicos: entre ellos telas, trajes militares, ropa y escudos. En los márgenes de la matrícula aparecen los símbolos del pueblo cabecera tributario de Tenochtitlan y sus dependientes.

Lámina 24, Códice Mendoza.





Dos ejemplos de las pinturas, dibujos y acuarelas que forman parte de la colección *Los Teules* pintada por José Clemente Orozco. En 1947 la serie estuvo conformada por alrededor de 60 obras inspiradas en la crónica *Historia verdadera de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, las cuales son un relato visual del enfrentamiento entre españoles e indígenas, expuestas hasta 2017 en el Museo de Arte Carrillo Gil de la Ciudad de México. En la primera el conquistador aparece como una máquina de acero, como debió parecerles a los indígenas que no tenían ningún antecedente de hombres similares en su pasado. La segunda muestra una batalla caótica entre indios y conquistadores.



Sitio del palacio de Axayacatl, cuartel general de los españoles en Tenochtitlan, después del genocidio de Toxcatl. Los defensores están representados por los aliados indígenas y los españoles encerrados en el recinto. En el fondo se ve la figura de Malinche y en la puerta un cañón haciendo fuego. Los mexicas rodean y atacan el edificio por todos lados haciendo víctimas entre los defensores. A través de ese lienzo los tlaxcaltecas reclaman su protagonismo en la caída de Tenochtitlan eliminando la presencia de otros pueblos indígenas y minimizando el papel de los españoles.

Lienzo de Tlaxcala, Lámina 14. Publicado por Alfredo Chavero, México, 1892.



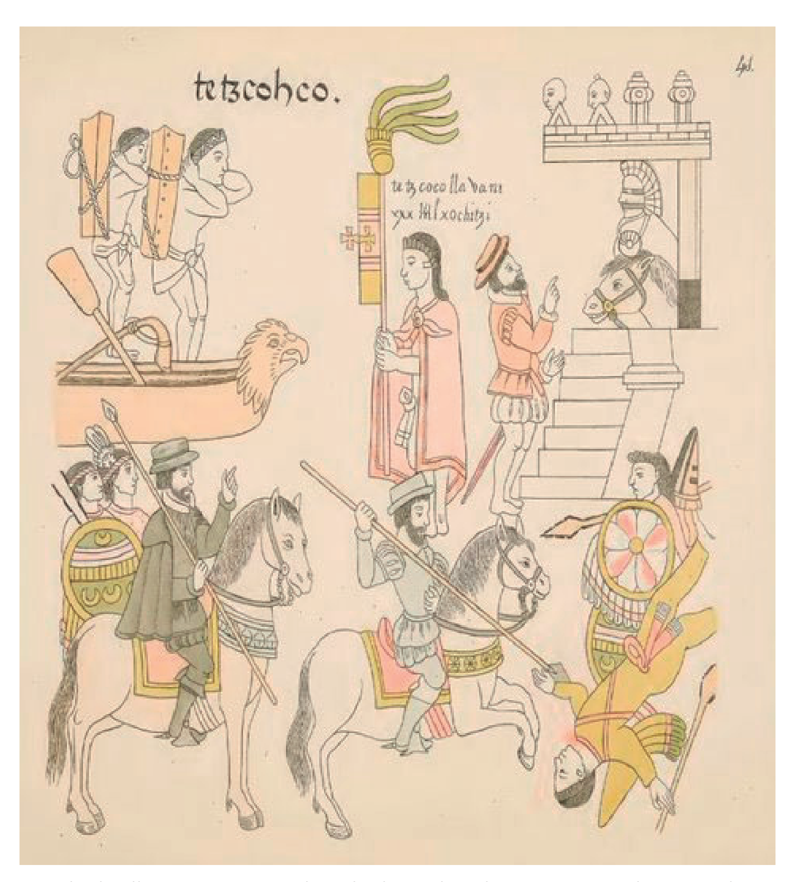
La victoria mexica sobre los conquistadores y sus aliados que huyen de Tenochtitlan en plena noche el 30 de junio de 1520. La Calzada de Tlacopan se ve cortada por el retiro de los puentes. Los mexicas están representados principalmente atacando en sus canoas, pero también hay luchas cuerpo a cuerpo en el agua en las que se ven mexicas halando a aliados y españoles para ahogarlos. Los españoles perdieron, entre otras cosas, 46 caballos, toda la riqueza adquirida y la mayor parte del armamento pesado. Véase la original representación del agua.

Lienzo de Tlaxcala, Lámina 18. Publicado por Alfredo Chavero, México, 1892.



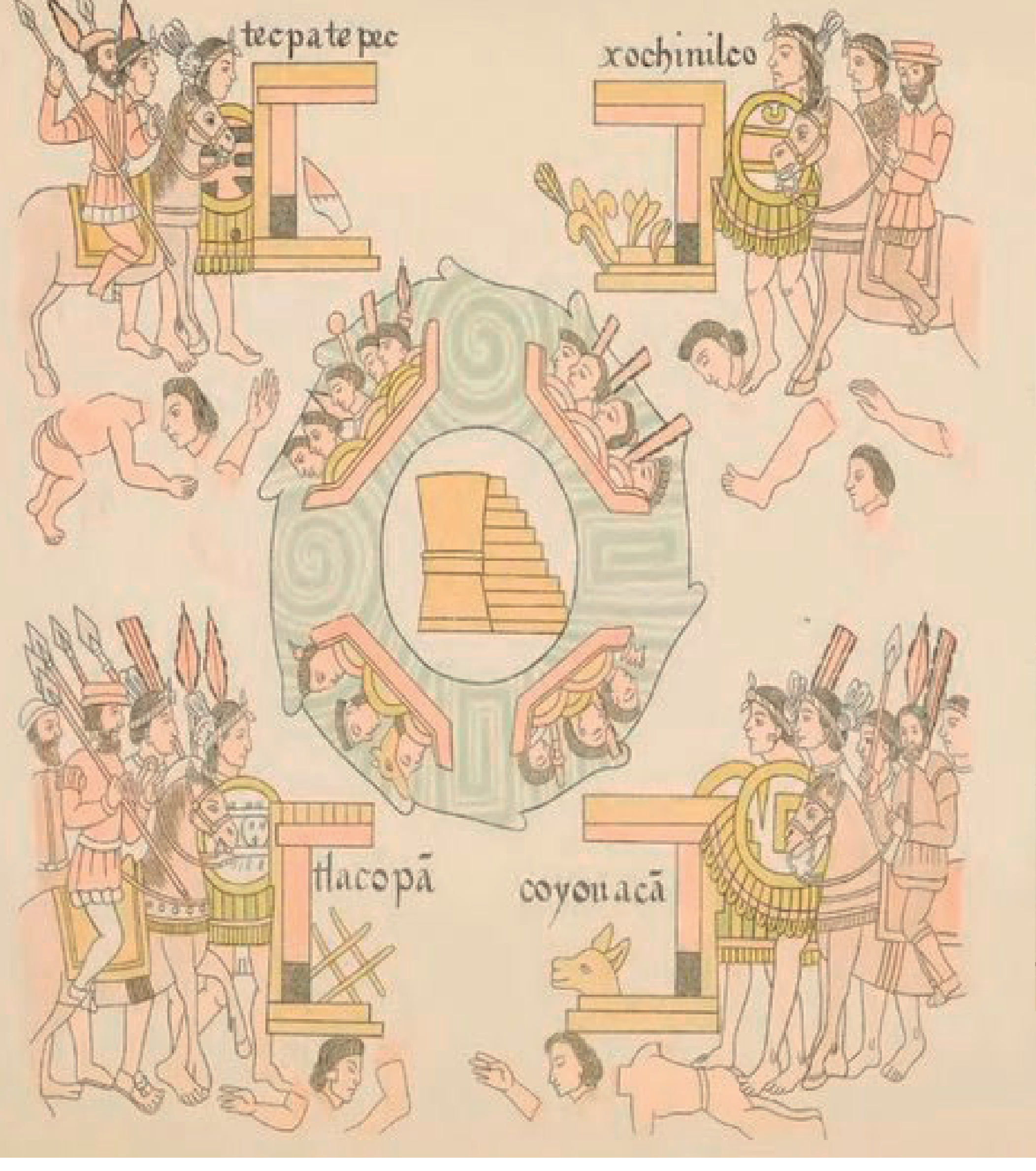
Cortés llega a Tlacopan después de la derrota de la Noche Triste. Según esta lámina lleva en su séquito un hijo y dos hijas del difunto rey Moctezuma, y está protegido principalmente por aliados indígenas.

Lienzo de Tlaxcala, Lámina 19. Publicado por Alfredo Chavero, México, 1892.



Los aliados llegan a Texcoco el 31 de diciembre de 1520. Se ven los portadores de los bergantines desarmados. Aparece también don Fernando Cortés Ixtlixóchitl que Cortés impone como nuevo rey de Texcoco y algunos guerreros que se opusieron a los conquistadores.

Lienzo de Tlaxcala, Lámina 41. Publicado por Alfredo Chavero, México, 1892.



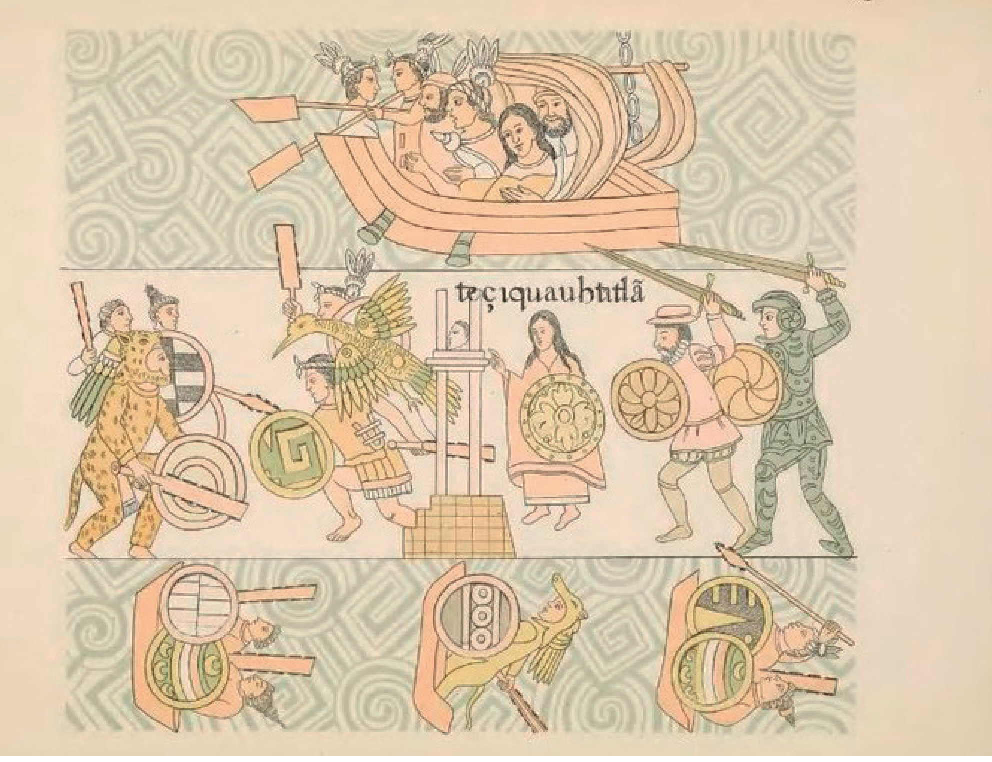
La toma de Tenochtitlan. Se ve la ciudad rodeada de canoas. La relación numérica entre los sitiadores y sitiados cobra gran importancia. Para enfatizar la participación tlaxcalteca en el Lienzo aparecen diez tlaxcaltecas y cinco españoles de un lado y del otro quince mexicas. La importancia de los primeros se muestra en que van a la cabeza y además sujetando los caballos con sus pies descalzos. La guerra es, por lo tanto, un asunto entre indígenas.

Lienzo de Tlaxcala, Lámina 42. Publicado por Alfredo Chavero, México, 1892.



De un lado, Cortés ha caído de su caballo y es asaltado por tres guerreros mexicas. En el agua se libra una batalla feroz. Del otro lado se ve un cañón disparando y Cortés desarmado es salvado por dos guerreros tlaxcaltecas a quienes abraza.

Lienzo de Tlaxcala, Lámina 47. Publicado por Alfredo Chavero, México, 1892.



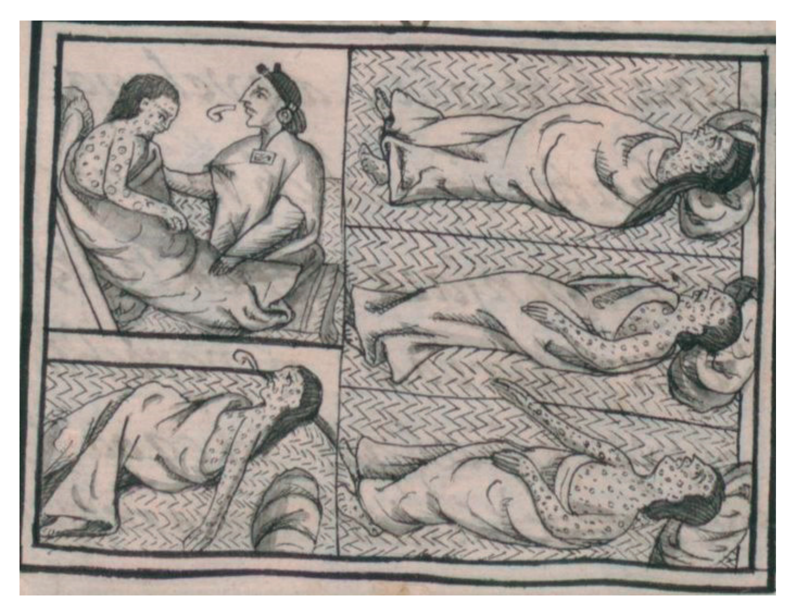
Uno de los trece bergantines construidos en Tlaxcala con cañones transportando a tres tlaxcaltecas, dos españoles y una mujer. En medio la batalla en una de las calzadas de Tenochtitlan y en la parte de abajo los mexicas en sus canoas.

Lienzo de Tlaxcala, Lámina 45. Publicado por Alfredo Chavero, México, 1892.



Representación de Cuitláhuac en una mezcla de guerrero indígena y hoplita griego.

Pintura de William de Leftwich Dodge, *Los últimos días de Tenochtitlán, conquista de México* (1899).



Representación de la epidemia de viruela que atacó a los nahuas en general pero especialmente a los habitantes de Tenochtitlan entre los meses de agosto y noviembre de 1520. Los tenochcas estaban hacinados en la ciudad por la guerra que les hacía la Alianza Antiazteca en el Anáhuac. En esa epidemia murió Cuitláhuac.

Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Libro XII.



Monumento a Cuauhtémoc inaugurado en 1887 que hasta hoy está en el Paseo de la Reforma.



Cortés mandó colgar a Cuauhtémoc junto a Coanácoch (Tlatoani de Texcoco) y Tetelpanquetzal (Tlatoani de Tlacopan), el 28 de febrero de 1525. El pretexto fue una supuesta conspiración general contra los españoles. Posiblemente porque eran símbolos de la unidad y la resistencia de la Triple Alianza en un periodo en que había rumores de rebelión.

Códice Vaticano A.

500 años de la batalla
por México-Tenochtitlan,
de Enrique Semo,
se terminó de imprimir
en mayo de 2021.
Se tiraron 20 000 ejemplares.